

querida Leandra, porque de la santidad de mi amiga puede usted esperar no sólo la salud del cuerpo, sino la del alma. A las personas buenas, de corazón limpio y de conciencia pura, concede Dios, por mediación de esa mujer ejemplarísima, la satisfacción de todos sus deseos.

—¡Ay, ay! no me lo diga, si luego no ha de confirmarse—manifestó la manchega con colosal esfuerzo para levantarse del sillón.—¡Que satisfaca los deseos justos, naturales! Pues los míos son de esa calidad, y por tanto, ¿qué menos pueden hacer Dios y esa señora que satisfacérmelos? Vamos, vamos ahora mismo. Me arrastraré como pueda. Y si no mandaré á la muchacha que nos traiga un coche.

—Calma, calma, querida Leandra, y no nos precipitemos—dijo cautelosa la Socobio, asustada por el ruido de puerta y pasos que acababa de oír.—Páreceme que entra Bruno, y no conviene que de esto se entere. Es un excelente hombre; pero no se haría cargo de la intención pura, edificante, con que yo la llevo á usted á tal visita. Estos hombres del día, todos, todos, están dañados de volterianismo, que es como decir impiedad, y no comprenden... Hasta podría suceder que se burlara de nosotras... No, no, Leandra: que no meta las narices su pariente... Otro día, sin que nadie nos atisbe

ni nos estorbe, escaparemos como unas chiquillas, y... Chitón que ya está aquí al hombre público.

XXVII

Quería Dios que hija y madre estuvieran en aquellos días bajo la acción de fenómenos ó casos maravillosos, pues mientras Doña Leandra encendía su imaginación con la idea de la visita á un sér que conceptuaba ultraterrestre, Lea veía cosas tan extraordinarias, que le costaba trabajo creer que pertenecieran al mundo real. En una misma alcoba dormían las dos hermanas, y allí y en el próximo gabinete tenían su ropa, sus secretos, las cartas de sus novios, el tocador y cuantos adminículos y menudencias necesitaban para componerse. Luego que se encerraban en sus habitaciones para acostarse, hablaban solitas de los sucesos del día, pertinentes á ellas ó á sus amadores, y se confiaban todos sus secretos y se consultaban todas sus dudas. Una noche, poco antes de manifestarse en Doña Leandra la parálisis, Eufrasia, como quien desea y teme revelar algo muy delicado, anunció á su hermana una con-

fianza; arrepintiéndose luego, dudando, entre risas y síes y noes muy infantiles; sacó por fin de su bolsillo un estuche, y mostró á su hermana un sol... un haz de rayos luminosos, deslumbrantes. Lea no dijo más que ¡ah!, echando en aquel hábito toda su admiración y algo de susto. No pronunció palabra alguna hasta pasado un ratito. «¡Qué magnífico brillante!... ¿Pero di, no es esto falso? ¿Es de ley?... ¡y tan grande!...

—No es de los mayores—dijo Eufrasia rebajando, por afectación de modestia;—pero fijate... ¡qué perfección de facetas! Dice Maturana que es de la mejor talla de Amsterdam, y una pieza de mérito grandísimo.

—¡Bonito, bonito... superior!—exclamó Lea absorta, moviéndolo entre sus dedos ante la luz, para recrearse en los destellos.

—Está montado en plata como alfiler—dijo Eufrasia;—pero se puede usar como adorno magnífico para el pelo... Aplicación no le faltará...

—¿Pero es tuyo de veras...? ¿Y cómo...? Si es tuyo, te lo habrá dado Terry.

—Naturalmente: yo no había de robarlo...

—Pero...»

No sabía Lea cómo pedir explicaciones á su hermana de la posesión de alhaja tan magnífica. Enmudecieron ambas y se acostaron, per-

maneciendo silenciosas larguísimo rato. Ninguna de las dos dormía.

«Debes enseñárselo á padre y á madre, á ver qué dicen...—indicó tímidamente Lea, á la media hora de acostadas.

—No, por Dios... Padre y madre no deben saberlo... no por nada, sino porque creerían lo que no es... Ya lo verán á su tiempo. Por hoy, no me preguntes más.»

Obedeció la hermana mayor, y no habló más de tal asunto hasta que, dos noches después, encerraditas y ya seguras de que ni los padres ni los hermanos las sorprenderían en su grata intimidad, hizo Eufrasia á su hermana la seña de que le preparaba nueva sorpresa; aproximóse á la cómoda, y del seno sacó un envoltorio; desplegó el papel finísimo que lo formaba, y aparecieron á los espantados ojos de Lea dos esmeraldas soberbias, hermosísimas, iguales en el tamaño y la forma oval, montadas en plata dentro de un cerco de diamantes...

«¡Ay, qué preciosidad!... Esto es divino...—exclamó la joven con arrobamiento.—Y son pendientes... Déjame que me los ponga.»

Ayudó Eufrasia á clavar las joyas en las orejitas de Lea, y cuando ésta se vió en el espejo adornada de tanta hermosura, no acababa de extasiarse en la admiración de su propio rostro,

y lo ladeaba para ver los diferentes efectos en ésta y la otra postura.

«Como estas esmeraldas—indicó Eufrosia, menos risueña que su hermana,—hay pocas. ¡Cosa más soberbia no se ve! ¡Qué bien estás! La esmeralda montada en plata sienta muy bien á las morenas.

—A las morenas les sienta bien todo—afirmó Lea quitándose los pendientes y llevándolos á las orejas de la otra.—Póntelos ahora tú, para que yo vea el efecto.»

Así se hizo, y las ponderaciones de tanta belleza no tenían fin. Guardó Eufrosia su tesoro; Lea, dando un gran suspiro, le dijo: «También te las ha dado Terry. ¿Eran de su familia?

—No: las ha comprado. Ya sabes que está riquísimo. El mes pasado ganó medio millón de reales, y ahora, si traspasan lo del Gas á la Compañía francesa, no se puede calcular los dinerales que ganarán entre Emilio, Gándara y Safón...

—Pero no acabo de convencerme, te lo digo como lo siento, de que puedan hacérsele á una soltera estos regalos sin comprometerla. ¿Acaso en el extranjero se usa que los novios regalen joyas, así, de tapadillo...?

—Seguramente, en el extranjero hay otras

costumbres, otra libertad. Pero aquí, con tanta flojería y sujeciones tan ridículas, no se puede, no... lo reconozco. Si la gente se enterara, creería que hay malicia donde no la hay.

—¿De veras que no la hay?

—¡Mujer, qué cosas tienes!... ¡A ti había yo de ocultarte...! ¡Jesús! no oiga yo de tí tal suposición.»

Pareció Lea convencida; pero no durmió en toda la noche, atormentada por la idea de que su querida hermana no tenía ya en su conciencia la debida pulcritud. «Aunque ella no lo crea, pecado hay aquí—se decía,—ó principios de pecado y de grandísima deshonra.»

A la mañana siguiente, ambas en el tocador, dominada Lea por una idea fija, hizo á su hermana esta pregunta: «¿Y no te ha dado perlas?

—Tiene en tratos un collar muy bonito; pero yo le he dicho que no lo quiero, que no y que no... A su tiempo recibiré todas las alhajas que se le antoje poner sobre mí.

—¿Cuándo os casáis? ¿Ha fijado al fin Emilio la fecha?

—El mes de Octubre, seguro, seguro.

—En Octubre dicen que se cae la Reina. También fijó Tomás esa fecha para nuestro casamiento, y ya ves, ya ves.

—Pero lo mío es infalible. Emilio es un hombre de bien y un caballero. En todo me complace.

—Pues si en todo te complace, ¿por qué no fijáis el casorio para la semana que viene? Estos hombres que eternizan las bodas no son de fiar... Cierto que el darte prendas de tanto valor es, como tú dices, señal de un amor grande... Pero... Digo que en último caso... vamos, que otros hay peores, pues plantan, y no dan nada, ni un triste alfiler de dos reales.*

Pasaron días sin que Eufrosia mostrase más joyas, ni á su hermana hiciese confidencia alguna tocante á sus amores ó á la boda con Terry. Tan sólo dijo que el galán partía para París; pero que su ausencia, motivada del negocio del Gas, no duraría más de dos semanas. Lea notaba en ella tristeza y cavilación algunos días; otros un alborozo demasiado parlero, sin decir nada de provecho. Y los que observar pudiesen y supiesen en las interioridades de la casa, habrían notado que Lea padecía también en aquellos días turbaciones muy raras en su carácter, comunmente de una ecuanimidad feliz. Algunas noches, en la visita oficial de Vicente, trataba á éste con tal despego, que el pobre chico no volvía de su asombro, un afflictivo y patético asombro por cierto. Mas de improvi-

so se iniciaba un radical cambio en el temple, si así puede decirse, de la señorita, y víeráisla tan cariñosa y tierna con el mancebo que los ojos de éste revelaban una satisfacción beatífica. Y en aquellos ratos dichosos, infaliblemente hablaba Lea del casamiento, de la conveniencia de celebrarlo cuanto antes para irse todos á la Mancha, y hacer la cruz por siempre á este Madrid tan perverso y corrompido. Las corrientes psicológicas, como el sube y baja de mareas, que determinaban en la joven mancha estas oscilaciones afectivas, permanecen indeterminadas. Son hechos, formas, desarrollos orgánicos que se pierden en la insondable caverna oscura del querer mujeril.

Cuando á la oreja de Doña Leandra llegaban palabras de Sancho y Lea referentes á casorio, ó á la probabilidad de conseguir la botica de Almodóvar del Campo, excitábase horrorosamente, como con una corriente eléctrica, y recobraba por instantes el fácil uso de sus remos. Aún no había podido ir, por causa de las ocupaciones de Cristeta en Palacio, á la visita de la prodigiosa monja, y aguardando aburrida este acontecimiento se pasaba las tardes sentadita en su sillón, presidiendo la charla de la hija con el boticario. Comunmente el tal palique era para Doña Leandra un narcótico, cuya enérgica

virtud la desligaba de la realidad triste, permitiéndole ausencias y descensos muy agradables. Dormida ó mal despierta se montaba en el Clavileño ó en la escoba, y se iba por esos mundos de Dios, tomándose el espíritu toda la libertad de que el cuerpo estaba privado. No era la primera vez que la infeliz señora, mal avenida con su trasplante, volaba espiritualmente á sus tierras y casas manchegas, recreándose en ellas como en la misma verdad; pero desde que se inició la parálisis, los viajes imaginativos al país natal fueron más frecuentes y de mayor duración, así como de una intensidad maravillosa en el repetir y vivificar objetos y personas, los animales, el suelo, el aire y el olor de todo lo de allá. Del tiempo hacía mangas y capirotos, pues en media hora efectiva de Madrid, vivía manchegamente días y aun semanas; y al volver de estas excursiones, hallábase durante un mediano rato en penosa ignorancia del lugar donde se encontraba. ¿Estaba en su casa de Peralvillo, ó en el sillón caliente y blanducho de Madrid?...

Mecida por el runrun soñoliento de Vicentillo y Lea, Doña Leandra salió del comedor de su casa manchega, pasó al cuarto próximo, donde tenía la algarroba para las palomas, un resto de la cosecha de judías, dos montones de pata-

tas para simiente con los brotes ya muy crecidos, manojos de hierbas colgados del techo, que despedían un olor fuertísimo entre farmacéutico y culinario. Anduvo por allí la señora trasteando; salió seguida de dos gatos, y pasando por delante de la cocina, donde estaba la Fabiana delante de los peroles, bajó por la escalera, cuyos peldaños de romo ladrillo ofrecían un resbalón á toda persona que no tuviera el pie bien habituado á sortear las desigualdades. Llegó á una especie de portalón ó vestíbulo empedrado de viejo, pues no se había tocado en él una piedra desde el siglo anterior; todo era hoyos y guijarros duros; obstruían el paso diversos objetos, sacos llenos y vacíos, aperos inservibles, manojos de varas, yugos abandonados por inútiles y una tinaja rota, boca abajo. Todo estaba en aquel sitio *provisionalmente* hacía ochenta años, y con la pátina de mugre y polvo tenía ya ese carácter especial de la petrificación doméstica, allí donde nada se remueve ni se cambian las cosas de sitio. Salió Doña Leandra al corralón, tan grande como una mediana plaza, y al punto se le pegó á las faldas un perro corpulento, León, moviendo la onroscada cola, y enseñándole los colmillos que no habían de hacerle daño. Más allá, otro can que sentado roía un hueso teniéndolo entre las

patas delanteras, la miró pasar y siguió royendo... un pavo hacía la rueda, entre cuatro gallinas que ni siquiera le miraban, y un burro atado á una argolla junto á la puerta de la cuadra, soltó un rebuzno majestuoso. Entró la señora en el cuarto del pan, donde había un hombre calvo, que preparaba el horno, y ya tenía las hogazas amasadas, cubiertas con un paño. «Mira, Blas: en cuanto saques la hornada, coges la *Capitana* (esta capitana era una burra) y los dos machos que llegarán luego de Torralba; comes, y te vas á Piedrabuena, y me compras cuarenta ó más arrobas de patata para semente. Dicen que Lino Pascual la tiene superior. Si le queda una partida de sesenta ó setenta arrobas y no quiere descabalarla, te la trae toda. Llevarás trescientos reales, y si te faltase dinero, ya sabes que el boticario D. Enrique te dará por mi cuenta lo que necesites... Estarás aquí mañana temprano, que mañana hemos de sembrar la patata en la huerta del Fraile...» Poco después de esto, la señora estaba junto al pozo y pilón de abrevar: al mozo que sacaba el agua para dar de beber á los cerdos de rejería, le dijo: «Navarro, enciérrame este ganado en cuanto beba, y no me lo tengas aquí, que es muy dañino, y ya ves que me azuza los pollos: tres me mataron ayer á pisotonés.»

Apaleada por el mozo se arremolinó la piara, compuesta de un gran contingente de cochinitos negros, todos iguales, y pegados unos con otros se fueron hacia su cobertizo, cantando una deliciosa música... Doña Leandra se encaró con un viejo petiseco, cuya cara parecía la piel de encuadernación de un libro de coro. Vestía de paño pardo, con calzón corto, cinturón de cuero, y usaba sucias gafas de cristales muy convexos montados en cuerno. Era Perantón, el hombre de confianza, la personificación de la honradez y la lealtad, que llevaba de servicio en la casa tres cuartos de siglo, y andaba próximo á los noventa, conservado como un corcho viejo de colmena. Sus abejas eran la vida que aún zumbaba dentro de aquel madero lleno de arrugas. Había sido mozo de mulas, después de labranza, criado luego al inmediato servicio de los señores, y por último, mayordomo con honores de intendente, pues sabía garabatear en un cuaderno de *marquilla* las cifras de compra y venta, el consumo de paja y leña, el comestible de animales y personas, y usaba un tintero de asta con petrificaciones de tinta contemporáneas de Carlos III. «Antón—le dijo la señora,—me parece que la *pinta castellana* ha puesto hoy también entre el montón de leña. Que Tomasilla se meta y busque allí los huevos.

Tenemos lluecas á la parda y á la moñuda... Mándale á tu nieto Roque que del palomar de arriba me traiga tres pares de palominos para mañana...» En la servidumbre y personal labriego de Peralvillo había dos hijas de Antón, una de ellas cocinera, que ya no hacía más que dirigir, y era plaza casi jubilada como su padre, y catorce nietos, ocupados en distintas labores. Los que allí nacían, al amparo de la casa y noble familia quedábanse toda la vida. «Oye, Antón, dile á tu nieto Felipe *el gordo* que no me dé bromicas á la Pepilla, que apalabrada está por sus padres con Robustiano el del *Tuerto*, y no quiero en casa cuestiones...»

En esto, traída bruscamente por el Clavileño á su sillón, Doña Leandra, suspirando fuerte, dijo á Lea y Vicentico: «¡Eh de casa!... ¿Hace mucho que estáis aquí, hijos? Sacadme de esta gran confusión: ¿cuánto tiempo hace que dejé de veros?»

Los chicos, acostumbrados ya á las ausencias de la triste señora, le contestaron que hacía un ratito, tan largo como ella quisiese.

«No me entendéis. Cuando os ponéis á ser brutos, no hay quien os gane... Os pregunto si estamos en hoy ó en ayer, si ayer os ví y hoy vuelvo á veros. Porque á mí me parece que he estado *fuera* de un día para otro; quiero de-

ciros, el tiempo que va de un *hoy* á un *mañana* con noche de por medio... ¿No me contestáis? Pues quedaos aquí, que yo me vuelvo. Adiós, hijos míos.»

XXVIII

Salió Doña Leandra del corral al campo por una puerta grande y torcida, como ruína que jamás acaba de desplomarse, y se encontró frente á las eras. Llegaba el ganado de pastar en el soto del Maestre, y el pastor y zagales, que eran como unas apariencias de personas con sus caras ennegrecidas, las piernazas entre zahones, las espaldas con la joroba del zurrón, daban voces á las ovejas para que no se desviasen, llamando á cada una por su nombre entre ajos, silbidos y pedradas. Respiró Doña Leandra la polvareda que las reses levantaban, y las miró con maternal regocijo, recreándose en el olor montuno que despedían... Vió venir luego á Carrasco hecho un cafre, con barba de seis días, el morral á cuestras, la escopeta terciada, precedido de tres ágiles perros, que en cuanto vieron á la señora, á ella se fueron, y echáronle con el rabo salutations cariñosas,

filiales. Venía D. Bruno de mal temple, porque en el barranco de Giles se había encontrado á Rufo Corchuelo y habíale dicho que todo el vino de Torralba se estaba volviéndose vinagre, y que era menester quemarlo... Doña Leandra dirigióse con su marido á la casa; sentáronse los esposos con Perantón en un poyo á tomar la fresca, y llegaron los mozos de mulas que labrando las tierras habían estado de sol á sol, y mientras unos abrevaban á los animales, reuníanse los otros en torno á los amos á contar las faenas del día. Doña Leandra no cesaba de rasarse la cabeza, lo mismo que D. Bruno, pues á entrambos les picaba bastante. De la cocina de la casa venía un olor fuertísimo de fritanga y el vaho de sopas caldudas y bien impregnadas de ajo. Eufrasia y Lea estaban en la ventana de su cuarto, con la Tomasa y la Pepa, tarareando canciones nuevas que en aquellos días habían traído de Daimiel unos chicos como gran novedad, y luego descendieron al corral arrastrando chinelas, é improvisaron un baile...

Avanzada la noche, Doña Leandra se acostaba en la cama donde habían nacido sus tatarabuelos, tan alta, que á los colchones se subía por escalera, y desde arriba fácilmente se cogía con la mano el ahumado techo, con las vigas

en panza. Entre los pliegues de las blancas cortinas, y en el cristal de unas laminotas de la Virgen de Calatrava, muy hueca de vestido y con tiara en la cabeza, lucían unos puntos negros, obra de las moscas al parecer; pero en realidad eran las miradas de los tatarabuelos, que allí permanecían contemplando la rotación majestuosa de la casa al través de los siglos. Doña Leandra dormía profundamente, y á su lado D. Bruno, sin que ninguno oyera los sífonicos ronquidos del otro ni los cánticos de gallos que cuidaban de cantar de dos en dos las nocturnas horas. La del alba no era todavía cuando saltaba de los ociosos colchones la señora diligente, y lavándose la cara con dos ó tres puñados de agua fresca que de una jofaina cogía, comenzaba sus quehaceres. Aún estaba oscuro, y las luminarias de la noche no se habían apagado en el cielo. Apenas descubría la aurora las cortinas del manchego horizonte, abría Doña Leandra la ventana para respirar el aire puro y dar gracias á Dios, lo que hacía rascándose los sobacos y también la cabeza, que le picaba. Ya día claro, desde un tejadillo fronterero á la ventana, la saludaba la gentil avutarda. Era un pájaro petulante, vestido á hora tan matutina con su casaca de color de canela, galonada de terciopelo negro con

botones de plata, y en la cabeza el gran sombrero de tres picos con plumas blancas y negras. Mirando á la señora, el ave hacía tres reverencias, acompañadas de tres sonidos graves, que eran su fórmula usual de ofrecer sus respetos. Tras él levantaban el vuelo las palomas, dando los buenos días con sus arrullos, y muchedumbre de gorriones salían por aquellos aires á robar lo que podían...

En la cocina estaba el ama desplumando palominos, y á su lado Eufrosia dobladillando un pañuelo. La cocinera, majando cominos en el almirez, hacía un ruido tal que apenas se entendían las voces de la hija y la madre... Entraba Perantón renegando del precio de la partida de aceite que acababa de llegar, como si fuera él quien perdía en ello. Decíale Doña Leandra que tuviera paciencia y no fuese tan regañón, que á su edad no le haría provecho que se le encendiera la sangre... Al anochecer, no de aquel día, sino de otro, que debía de ser el siguiente, aunque de ello no hay seguridad, hallándose en el poyo del corral la señora y Lea, que por más señas estrenaba un cuerpo nuevo del vestido muy majo hecho por ella misma, llegóse allí Ramón, que era el mozo encargado de la persecución de topes, con diez de estos dañinos animales. Al olor del rico botín

acudieron los gatos, y las señoritas Eufrosia y Lea se encargaron de hacer el reparto equitativamente. No bajaban de ocho los pretendientes: los dos de casa, el de la panadería, el de la mayordomía, y tres ó más de las cuadras y gallineros. Después de distribuir á topo por cabeza, Lea consintió que *Morita*, la gata de casa, como parida, se llevase tres para su prole, y así lo hizo... En esto llegaba D. Bruno; pero no debió de ser aquella misma noche, sino la siguiente, ó quizás otra noche cualquiera de las muchas que trae el tiempo. Se le vió apearse del caballo, y oyeron el tin-tin de sus espuelas acercándose. Había ido á Daimiel á reñir con los de la Junta de Pósitos, porque no le pagaban su anticipo, y á comprar correas para el arreglo de los tiros de mulas, tabaco y un poco de aguardiente. Traía el buen señor una noticia estu-penda. La Reina Isabel II se había casado, y ya teníamos á nuestra Reina hecha una señora de su casa. ¿Y quién era el marido? Pues un D. Francisco, á la cuenta como su primo carnal, primogénito de unos señores Infantes, mozo muy galán, de bello rostro sonrosado, muy metido en religión, cualidad primera de todo gran Rey... Pero no había sido floja tracamundana la ocurrida en Madrid antes de la boda. La Inglaterra y la Francia asaltaron con tro-

pas el Palacio, llevando cada una un príncipe para casarle á la fuerza con nuestra Soberana. Y por otras partes de la casa grande, embistieron el Papado y el Austria con la misma pretensión de meternos consorte Real. Apurada estuvo la cosa con esta canallada de las potencias, y si no se salieron con la suya, fué porque el D. Francisco, al frente de un batallón de tropa española, blandiendo en la mano derecha su espada y enarbolando con la izquierda un Crucifijo, cerró contra la extranjera turba, y á éste quiero, á éste no quiero, hiriendo y matando, deshizo en la escalera y en el Real patio á toda la caterva, quedando triunfante el derecho de darnos el Rey consorte que más neto acomode, siempre que sea español neto. «Celebróse el casorio—añadía Don Bruno,—con pompa grandísima, en una iglesia que llaman de Atocha, y ya podéis figuraros vosotros, grandes mostrencas y mostrencos, el lujo y aparato que en las ceremonias *habría*... Ello fué cosa sorprendente. Lucían allí los próceres del Reino sus magníficos túnicos de gala bordados de oro, y las Reinas, la Infanta y sus damas unos trajes tan opulentos, que cada uno representaba el valor de una provincia, si las provincias se vendieran. Dícenme que una de las *próceras* más guapas y mejor empe-

rifolladas era la esposa de D. Emilio Terry, nuestra querida hija Eufrasia Carrasco y Quijada de Terry, que ahora así se llama, la cual lucía collar de perlas como garbanzos, y unos brillantes en el pescuezo y en la cabeza que eran como soles, y en las orejas esmeraldas tan grandes como huevos de paloma... no tanto, como huevos de avutarda...»

Amaneció, y salieron para el campo los mozos con los pares de mulas, y para el soto las ovejas con sus pastores... Sucediéronse plácidamente tardes y mañanas. A Doña Leandra le hacían sus hijas un vestido nuevo, cortado por patronos de última moda que facilitó una amiga de Ciudad Real. Ponían en ello las chicas gran esmero, para que su madre apareciese en misa con toda la elegancia que á su holgada posición correspondía donde quiera que se presentase... Más interés que en el corte y costura del nuevo traje ponía la señora en la siembra de patatas, que fué á vigilar con D. Bruno rodeando la casa y las eras, y saliendo por un sendero angosto hasta la tierra llamada de Claveros, tras de las primeras casas de Peralvillo. Pasaron junto á una noria desmantelada, después cerca de otra movida por un macho con los ojos vendados. Lloraban los canjilones chorritos de agua con que se regaba un plantío de

hortalizas para el gasto de casa... Acompañando á los amos iban León, Turco, la Majita, y otros seres caninos, cachazudos, holgazanes, hartos de una felicidad bobalicona. El mayor gusto de Doña Leandra era soltar la mirada, como se suelta un ave, para que corriese por toda la horizontalidad majestuosa del suelo sin parar hasta la línea en que tierra y cielo se juntaban. Tras aquella línea había más Mancha, más, hasta llegar á los montes de Toledo, donde todo era cuestas, subidas y bajadas. No estorbaban al libre vuelo de la mirada de la señora árboles ni sombrero alguno, fuera del bulto que hacían las casas del pueblo y la torre gallarda de su iglesia. El sol lo bendecía todo con su luz esplendente; la tierra se tendía boca arriba cuan larga era, los miembros estirados con indolencia voluptuosa, y no hacía más que mirar al cielo, que sobre ella planeaba con las alas abiertas en toda su magnitud...

«Madre—le dijo Lea,—dos veces le hemos preguntado si quiere ya la medicina, y no nos responde...

—¿Medicina yo?... Lo menos hace una semana que no la tomo, y ya ves qué buena estoy... He andado legua y media con Bruno, y no me he cansado. Hola, Vicente: ¿cómo estás?

¿Cuántos días hace que no te veo? Lo menos diez, por mi cuenta.

—Me vió usted ayer, y me vió esta tarde á primera hora.

—No estás tú en lo cierto, Vicente. Decidme, ¿no ha parecido Cristeta? ¿Qué demonios la entretiene tantos días en Palacio? Será que la Reina Cristina no sabe gobernarse sin ella... Bueno: dadme la medicina, y sepamos pronto si os dan ó no la botica de Almodóvar del Campo.»

Por la noche, en cuanto la ponían en su cama, emprendía despierta la parálitica sus viajes, y despierta se le iban los días, las semanas y hasta los meses, sin sentirlo. Solía volver de sus correrías con un humor endiabrado, que desahogaba en sus hijas y en su marido, diciéndoles que no eran ellos ya como les había hecho Dios, sino como les transformaba el Demonio en este maldito Madrid. Mirándolo bien, sus hijas no eran honradas, pues no había honradez con tanto manoseo de novios y tanto andar al zancajo en teatros y paseos. En los teatros se aprendían cosas malas, y los paseos y tertulias no eran más que escuelas de deshonestidad. Y en cuanto á Bruno, también estaba *horriblemente schalo á perder*. ¿Qué se había hecho de la sencillez de sus costumbres, de su amor al trabajo, de su modestia y probidad?

Un muestrario de vicios era ya, y él solo gastaba en un mes más que había gastado toda la familia en seis años cuando en la Mancha vivían. Lo menos media hora empleaba todas las mañanas en lavarse, y para él solo y sus malditos lavatorios tenía que subir el aguador una cuba más. ¿A qué tanta presunción de lavados, planchados y afeitados? Hasta usaba perfumes ¡qué asco! como las mujeres de mái vivir, y á todas horas guantes, como si tuviera que visitar al Rey. No, no; no era aquélla su familia. ¡Mentira, engaño! Las personas que veía no eran sino una infernal *adulteración* de sus queridos hijos y esposo. La verdad radicaba en otra parte, allá donde vivía despierta, que en Madrid no era la vida más que una soñación. Y esto se probaba observando que en Madrid estaba baldadita y sin movimiento, mientras que en su pueblo iba de un lado para otro con los remos muy despabilados sin cansarse...

Solía padecer la desdichada manchega estos trastornos de la mente por las mañanas, y su marido y sus hijos rodeábanla afligidos, respondiendo con frases cariñosas á las injurias que les dirigía, ya iracunda, ya burlona. A medida que tomaba alimento, íbase serenando, y no recordaba ni uno solo de los enormes dispara-

tes que había dicho á su cara familia. Y como algo recordase, pedía perdón del agravio en los términos más humildes. Una tarde, cuando Eufrasia, ya vestidita y bien dispuesta, aguardaba á la viuda de Navarro, que en su coche había de venir á buscarla, Doña Leandra le estrechó las manos diciéndole: «Habrás tomado á risa, hija del alma, los desatinos que escuchaste, y de los cuales sólo uno se me quedó en la memoria. Yo también me río, porque ello es cosa muy disparatada... que tus cortejos ¡ay! te regalaban diamantes gordos y *esmeraldas verdes*, y que merecías que te arrancasen las orejas al arrancarte los pendientes, que eran el pregon de tu ignominia. Perdóname, y no me hagas caso cuando me pongo así, que verdaderamente no estoy en mi sentido... A Dios gracias, con la medicina que ahora me da Vicente, se me van quitando los grandes enojos que me entran por las mañanas... Vete con tu amiga, y no olvides lo que te recomiendo: darle mucha prisa al Sr. de Terry, hija, lo cual que no es un decir, sino la realidad, pues esa cara paliducha y ahilada que se te está poniendo declara las ganas que tienes de tomar estado, para satisfacción tuya y de tus padres...»